

Martín Sorbille\*

## ⇒ Echeverría y “El matadero”: anticipación del mito freudiano y paternidad de la Argentina moderna<sup>1</sup>

**Resumen:** Reevaluando el cuento fundacional “El matadero” a la luz de la biografía de su autor, Esteban Echeverría, de su manifiesto *Dogma socialista*, de la historia argentina coetánea de 1838-1840 y la teoría del trauma del asesinato del padre y el retorno de lo reprimido de Sigmund Freud en *Moisés y la religión monoteísta* sobre la evolución estructural del monoteísmo judeocristiano, este ensayo propone que el asesinato del protagonista de “El matadero” por parte de una horda de partidarios del dictador Juan Manuel de Rosas, no sólo es la ficcionalización de la vida de Echeverría y de su credo político al igual que la duplicación de la cronología mítica formulada por Freud, sino que es el evento que Echeverría considera fundamental para la *regeneración* de la conciencia colectiva argentina, oprimida hasta entonces por la ley implacable de Rosas (1829-1852). La siguiente construcción psicoanalítica sugiere que el asesinato del *unitario* funda la nueva conciencia nacional unitaria del mismo modo que la muerte de Cristo lo hizo con el cristianismo. Este cuento, hecho público recién en 1871, le sirve al presidente Domingo F. Sarmiento (1868-1874) para legitimar y fundar el proyecto de la modernización argentina de la época.

**Palabras clave:** Esteban Echeverría; Slavoj Žižek; Construcción Psicoanalítica; Argentina; siglo XIX.

Un héroe es quien se ha levantado contra su padre, terminando por vencerlo. (Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*)

Moisés, a manera de los hechiceros egipcios, habría preguntado a Dios cómo se llamaba para tenerlo en su poder; Dios le habría contestado, de hecho: “Hoy converso contigo, pero mañana puedo revestir cualquier forma”. (Jorge Luis Borges, “Historia de los ecos de un nombre”)

Podríamos afirmar que a partir del primer peronismo (1946-1955) “El matadero” de Esteban Echeverría empieza a convertirse en uno de los referentes de la cultura argenti-

\* Ph.D. University of California, Los Angeles (UCLA), 2004. Es Assistant Professor de la University of Florida. Se especializa en literatura latinoamericana del siglo XIX, estudios cinematográficos de América Latina y teoría psicoanalítica.

<sup>1</sup> Las primeras ideas de este trabajo surgieron a partir del curso “Lacan and Politics”, dictado por el profesor Kenneth Reinhard en UCLA, al que asistí en carácter de oyente en la primavera de 2001.

na. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (con el pseudónimo Bustos Domecq) se valen de su argumento –y del poema “La refalosa”, de Hilario Ascasubi– para trazar una correspondencia entre la dictadura de Juan Manuel de Rosas y su supuesto espejo Juan Domingo Perón. Tanto “El matadero” (redactado en 1839 y publicado en 1871) como el cuento de Bustos Domecq “La fiesta del monstruo”, escrito en 1947 y publicado en 1955, narran la tortura y muerte de un joven a manos de una horda enfurecida, por la negación de dicho personaje a reconocer la autoridad del padre del pueblo. Desde entonces las interpretaciones sociopolíticas del texto de Echeverría han revestido nuevas formas y significados. Por ejemplo, David Viñas en la primera página de su clásico *De Sarmiento a Cortázar* sentencia que “La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación [en “El matadero”]” (1971: 15), aludiendo a un sucedido abuso de los derechos humanos en la Argentina poscolonial.

Ahora bien, aunque se han establecido correspondencias entre el contenido de “El matadero” y algunos acontecimientos de la historia argentina (especialmente entre 1930 y 1983)<sup>2</sup>, todavía queda por explicar por qué esta obra pudo convertirse, mediante su estructura y argumento, en el mito sobre el cual se apoya la cultura nacional. O, retomando la primera observación, ¿por qué Borges-Bioy Casares escogieron “El matadero” y no otro texto para cuestionar la realidad de su tiempo?

Este trabajo propone analizar “El matadero” desde una perspectiva psicoanalítica, situándolo en el marco de la historia coetánea de Buenos Aires y de la biografía de Echeverría para explicar: 1) cómo se engendró la figura textual del jefe omnipotente responsable del salvajismo de sus seguidores, y 2) cuál era la misión que Echeverría le asignaba al asesinato del protagonista del cuento para la sociedad argentina. Desarrollaré estas cuestiones marcando un paralelo con el delineamiento diacrónico de la figura del padre que Sigmund Freud construyó a modo de mito en su tardío texto antropológico *Moisés y la religión monoteísta* (1939). Al respecto, las incisivas conclusiones de Jacques Lacan y de Slavoj Žižek sobre el esquema de Freud profundizarán el análisis de la muerte del padre y el retorno de lo reprimido manifiesto en torno a “El matadero”.

El objetivo de mi construcción<sup>3</sup> psicoanalítica es ilustrar cómo la ley/cultura moderada que encarna el primer padre en “El matadero” es abolida y reemplazada por una ley

<sup>2</sup> Desde otra mirada ideológica, “El niño proletario” (Lamborghini 1973), calca el argumento de la “Fiesta del monstruo” pero intercambiando los roles. No es la muchedumbre bárbara la que asesina a un inocente intelectual, sino, al revés, un grupo de jóvenes burgueses-oligarcas vejan, torturan y ahorcan al niño proletario. Lamborghini le está contestando así a la historización argentina propuesta por Borges-Bioy Casares. Pero no es sólo en la literatura donde reaparece como un fantasma el argumento de “El matadero”. El mismo fenómeno también se da en el cine argentino. Por ejemplo, tres representaciones del cine nacional, sobre las dictaduras militares desde el golpe militar contra Perón en 1955, son: *Operación masacre* (Cedrón 1973) basada en el homólogo texto de Rodolfo Walsh, la obra capital del Cine Liberación *La hora de los hornos* (Solanas 1968) y finalmente *Sur* (Solanas 1988). En la primera, el basural donde los personajes peronistas son ejecutados por los militares coincide con el espacio inmundo de “El matadero”. En el segundo film, Solanas muestra las imágenes de los mataderos argentinos asociadas a la historia sociopolítica nacional. Y en *Sur*, se advierte cómo uno de los sindicalistas que trabaja en el matadero de la ciudad huye de las fuerzas represivas militares (1976-1983) del mismo modo que lo hace el toro de “El matadero”, animal representativo del protagonista de este cuento: “Es emperado y arisco como un unitario” (Echeverría 1993: 104)

<sup>3</sup> Véase la nota 8.

mucho más estricta, impulsada por el segundo padre, Rosas; y de qué forma el evento que destruyó la primera ley (la muerte del primer padre racional) retorna en un tercer momento como repetición del primero. El asesinato del tercer padre (el personaje “el unitario”) no sólo es el retorno de lo reprimido del trauma del asesinato del primer padre en lo inconsciente colectivo<sup>4</sup>, sino que además es el evento que posibilita el nacimiento de una nueva cultura. En otras palabras, si la muerte de Cristo es el origen del cristianismo, en “El matadero” el asesinato del “unitario” es la fundación de la ley unitaria: la Constitución Argentina de 1853 y su proyecto de modernización nacional. En este sentido, también estoy proponiendo una lectura del final de “El matadero” muy distinta de la interpretación que hasta ahora ha canonizado unánimemente la crítica especializada.

## I. Estructuras tripartitas

### a) *Datos biográficos de Esteban Echeverría*

José Esteban Antonio Echeverría nació en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805, fue uno de los nueve hijos e hijas del matrimonio del vasco José Domingo Echeverría y de la porteña doña Martina Espinosa. El padre había logrado una vida estable para su familia; fue al parecer un hombre muy bondadoso y querido por Esteban. Cuando éste tiene once años, su padre muere y es sucedido por un tutor tiránico que es puesto a cargo de la familia conforme al arcaico derecho colonial. Diez años más tarde, en una carta que le escribe desde Francia a su hermano José María, Esteban recuerda esos ingratos momentos padecidos:

Nuestras desgracias, mi viaje, las negras sombras y melancolía qe. han abatido mi alma y hecho casi un habito en mi corazon han sido adquiridas durante la mansión en su casa; sin embargo mi espiritu se va disipando ya de esas sombras infundidas en mi infancia pr. un despota (Palcos 1960: 228, la ortografía corresponde al original).

Dicha situación parece haber empujado al adolescente Esteban hacia la rebeldía. Su preferencia por lugares de cuestionable reputación y por mujeres casadas habría producido un efecto demoledor en su madre. Días antes de que ésta falleciera, en 1822, Esteban comunicaba en una carta su sentimiento de culpa:

Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume. Los halagos seductores de una mujer me arrastraron a algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extravíos de mi inexperiencia; ella los supo y

<sup>4</sup> Tomando una idea del psicoanalista Roberto Harari, intercambio el artículo ‘el’ por ‘lo’ para romper con la delimitación que implica lo definido del artículo. El ‘lo’ borra los parámetros espaciales del definido ‘el’ para en cambio dar paso a la infinitud del espacio que asociamos con el lenguaje; con “lo” dejamos de señalar, de definir y de ubicar lo inconsciente en un punto espacial (Harari 1999: 48). Si Lacan repite una y otra vez que “lo inconsciente está estructurado como un lenguaje” es porque la estructura inconsciente –como un lenguaje– no es diacrónica ni euclidiana. Mi construcción se basa en este principio que considero fundamento de lo que comúnmente definimos como ‘realidad’.

desde entonces data su enfermedad; calla por no afligirme, sin duda, pero yo he creído leer en su semblante mi acusación y mi martirio (Echeverría 1951: 517-518).<sup>5</sup>

Como consecuencia del fallecimiento de su madre, Esteban cambió abruptamente su conducta y se volcó por completo al estudio universitario con asombrosa disciplina. Más adelante, en parte gracias a la ayuda económica de Sebastián Lezica y Félix Piñero (Palcos 1960: 19), pudo embarcarse hacia Francia el 17 de octubre de 1825, para profundizar sus conocimientos. En París se empapó de las manifestaciones románticas (aunque sólo las adoptará como su credo de regreso en Buenos Aires) y fue testigo de la rápida aceleración de la modernidad que acompañaba a la Revolución Industrial. Eventualmente la carencia de fondos obligó a Echeverría a volver a la Argentina el 28 de junio de 1830. En el puerto de Buenos Aires lo recibió el flamante gobierno de Juan Manuel de Rosas, que unos meses antes había sido electo gobernador con facultades extraordinarias.

*b) Antecedentes de la historia argentina en la constitución del sujeto Esteban Echeverría*

En 1806, a menos de un año del nacimiento de Echeverría, el entonces Virreinato del Río de la Plata libró su primera batalla contra fuerzas invasoras: los ingleses desembarcaron en Buenos Aires, vencieron a la resistencia española y ocuparon la ciudad aproximadamente por un año antes de ser expulsados por la unión porteña. A consecuencia de estos hechos, el virrey Sobremonte, quien había huido a Córdoba, Argentina, fue acusado de cobarde, mientras que el capitán Santiago Liniers, líder de la resistencia contra el invasor, adquirió estatura de héroe. En 1807 Inglaterra intentó una segunda invasión, pero sus tropas cayeron ante el pueblo de Buenos Aires, que luchó en las calles con piedras, y desde las azoteas con agua y aceite hirvientes.

Como Napoleón había conquistado completamente España a principios de 1810, tomando prisionero al rey Fernando VII y dejando a las colonias sin su máximo soberano, y por influencia del movimiento revolucionario del Alto Perú, en mayo de 1810 se logró, con el apoyo popular, delegar en el Cabildo el poder del Virreinato, virtualmente ausente desde la ocupación napoleónica de España. Este acontecimiento le dio a la Junta revolucionaria de Buenos Aires la posibilidad de extender la revolución por todo el territorio del virreinato, aniquilando también cualquier intento contrarrevolucionario. En un significativo episodio, cuando la provincia de Córdoba se negó a adherirse a la causa revolucionaria, la Junta envió una expedición armada que fusiló a los cabecillas de la resistencia, incluyendo a Liniers, que hasta hacía muy poco había sido el héroe del pueblo. Entre esta época y finales de la segunda década, Buenos Aires se convirtió en el centro de los principios revolucionarios, avalados por la Independencia de las Provincias

<sup>5</sup> Aunque en la carta se utiliza el tiempo verbal presente, que correspondería al año 1822 (suceso de la enfermedad y muerte de la madre), no hay sin embargo certeza de que esta carta, publicada por primera vez en *Cartas a un amigo* (1874), haya sido escrita en 1822. Lo más factible es que todas estas cartas, hiperbólicamente romantizadas, hayan sido redactadas, a modo de ejercicio literario, entre 1831 y 1836, aunque versen sobre los hechos de 1822. En suma, las *Cartas* son una construcción retroactiva de un hecho verídico en la vida de Echeverría, corroborado por su coetáneo biógrafo Juan María Gutiérrez.

Unidas en 1816 y por el éxito de militares como José de San Martín en la guerra contra las tropas españolas. El año 1820 trajo consigo prosperidad económica y avances sociales especialmente para Buenos Aires luego de padecer por diez años la guerra contra las fuerzas realistas y la secesión que pretendieron algunas provincias.

Junto al nuevo objetivo económico de conquistar el territorio indígena para su explotación ganadera en respuesta a la demanda extranjera de cuero y carne, en Buenos Aires el Estado implementó una serie de reformas sociales. En particular, durante los gobiernos de Martín Rodríguez (1820-1824), Juan Gregorio Las Heras (1824-1826) y Bernardino Rivadavia (1826-1827), el legado colonial fue paulatinamente reemplazado por la instauración de medidas de modernización. Entre ellas: la reforma de la justicia, la disminución del poder eclesiástico, la fundación de la universidad en 1821, el sistema de educación pública y, por sobre todo, la difusión de la cultura europea.

Más adelante, mientras Echeverría era testigo en Europa de un conjunto de cambios sociales, culturales, industriales y económicos que él consideraba positivos, en Buenos Aires, entre 1827 y 1829, la política cambiaba de dirección debido a la disputa entre las facciones unitaria y federal por el control de las Provincias Unidas. Además se libraba una guerra contra el imperio portugués por la soberanía de la Banda Oriental; cundía una crisis económica debido a los gastos de la guerra; y hasta hubo un golpe de Estado (posiblemente el primero de la región) dirigido por Juan Lavalle y los unitarios, quienes ejecutaron al entonces gobernador federal Manuel Dorrego, póstumamente recordado como “el mártir de Navarro”. En última instancia la incertidumbre y el desorden político obligó a la Legislatura a designar el 5 de diciembre de 1829 al federal Juan Manuel de Rosas como gobernador del gobierno porteño y “Restaurador de las Leyes”.

En 1832 Rosas concluyó con éxito su mandato pero casi de inmediato el caos político cundió nuevamente en la entonces llamada *Confederación*. En febrero de 1835 Rosas fue otra vez convocado a ‘poner orden’; la Legislatura aceptó todas sus exigencias, o sea, facultades extraordinarias y la suma del poder público, con lo que el llamado “Restaurador de las Leyes” logró concentrar en sus manos los poderes legislativo, judicial y ejecutivo. Si bien la persecución de sus opositores se inició de inmediato, no fue hasta el bloqueo naval francés (1838-1840) cuando la cacería de “los salvajes unitarios”, culpados de haber montado una campaña de difamación contra el gobierno, entrará en sus horas más sangrientas. En este marco social y político se sitúa la redacción y la acción de “El matadero”.

### c) “El matadero”

Los hechos narrados ocurren durante la cuaresma de 1839, bajo la estricta vigilancia de la ley federal de Rosas. Una mirada omnisciente y omnipresente detectada en todas las prohibiciones que se enumeran en el transcurso del cuento “Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de la autoridad competente” (Echeverría 1993: 96); “Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas” (102); “hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo” (103). La ley federal regula todos los aspectos de la vida social; desde la apariencia facial de los habitantes (no se puede llevar la patilla en U) y las insignias que deben ser portadas (la divisa color

punzó representativa de la Federación y el luto negro en el sombrero por motivo de la muerte de la esposa de Rosas, Encarnación Ezcurra el 19 de octubre de 1838), hasta las normas para la matanza del ganado en el matadero: “Un toro en el matadero era cosa muy rara, aún vedada. Aquél, según las reglas de buena policía, debió arrojarse a los perros” (108).

La entrada del personaje unitario al matadero desafía abiertamente a la ley, y por eso se lo conduce ante el juez del establecimiento. Es decir, en el acto de retar a la ley –de ponerla en jaque– el unitario le está exigiendo al magistrado que la justifique. La eventual sentencia de desnudarlo y probablemente sodomizarlo<sup>6</sup>, no llega a ejecutarse ya que el cuerpo del unitario se autodesmiembra. El narrador lo relata de la siguiente manera:

Sus fuerzas se habían agotado; inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbollando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

–Reventó de rabia el salvaje unitario –dijo uno (114).

En el cierre del texto, el narrador comunica que la inesperada muerte del unitario causa cierto remordimiento entre sus responsables, especialmente en el juez.

#### d) *Moisés y la religión monoteísta*

Freud reelabora la historia de Moisés en el *Antiguo Testamento* sosteniendo que Moisés no era judío sino egipcio, y que fue su legado el que instauró el monoteísmo en la religión hebrea. Basándose en la información del arqueólogo Ernst Sellin, Freud concluye que hubo dos Moisés: Moisés el Egipcio y Moisés el Madianita (o el Semita, el Moisés del *Antiguo Testamento*). Fue el segundo quien reemplazó al primero y el que adoptó la leyenda (Freud 1972: 204).<sup>7</sup>

Hay tres momentos fundamentales en esta reelaboración freudiana; tres cortes que explican la inauguración del cristianismo. En primer lugar el período de Moisés el Egipcio, que comienza con el éxodo, donde se engendró la cultura hebrea, y su asesinato como momento cumbre; en segundo lugar, siglos después, la substitución del primer Moisés por Moisés el Madianita (el período de los Diez Mandamientos); por último, un tercer momento decisivo que está implícito en el razonamiento de Freud: la crucifixión de Cristo y el nacimiento del cristianismo como una rama del monoteísmo de la religión judía.

<sup>6</sup> Fue Noé Jitrik el primero en hacer esta aguda observación en *El fuego de la especie* (Jitrik 1971). Recientemente Jorge Salessi montó en parte la primera sección de su pionera construcción teórica *Médicos, maleantes y maricas* (Salessi 1995) sobre las palabras de Jitrik.

<sup>7</sup> En el *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis 1969-70* (1991), Lacan trajo al profesor André Caquot para aclarar los errores fundamentales del texto de Sellin. La conclusión de Caquot es que el libro “es falso, pero claro” (Lacan 1992: 147). No obstante, Lacan rescató la ‘construcción’ freudiana para avanzar su explicación sobre la función del padre y el discurso del amo.

Desde el psicoanálisis esta tríada es mucho más importante que lo que parece indicar un mero proceso de evolución. La ‘construcción’<sup>8</sup> le permite a Freud ejemplificar el mecanismo y la eventual manifestación del trauma a través del retorno de lo reprimido. Un esquema que se empalma perfectamente con su anterior *Tótem y tabú* (1913), ya que si en este último la muerte del padre de la horda primitiva es el principio de la cultura por la imposición de la prohibición del incesto, las subsiguientes muertes de Moisés el Egipcio y Cristo son repeticiones del trauma original. En la misma carta, Freud declara:

Religions owe their compulsive power to the *return of the repressed*; they are reawakened memories of very ancient, forgotten, highly emotional episodes of human history. I have already said this in *Totem and Taboo*; I express it now in the formula: the strength of religion lies not in its *material*, but in its *historical* truth (Freud 1972: 204, la cursiva corresponde al original).

En suma, Freud pone en escena el funcionamiento de lo inconsciente: un primer trauma interiorizado, reprimido, que se externaliza subsecuentemente en estos dos claros momentos, el asesinato de Moisés el Egipcio y la crucifixión de Cristo.

## II. Paralelos entre los mitos de Freud y Echeverría

### a) *Los dos mitos de Freud*

Antes de abordar “El matadero”, dejemos asentadas las diferencias entre los mitos freudianos.<sup>9</sup> Para eso hago uso de un breve e iluminante planteamiento de Slavoj Žižek en *The Ticklish Subject* (Žižek 1999) sobre la diferencia entre la función del padre en *Tótem y tabú* (*Tótem*) y en *Moisés y la religión monoteísta* (*Moisés*). Según Žižek, en el primero, el padre de la horda encarna el goce absoluto en la medida que él gozaba de todas las mujeres en una realidad sin leyes. Luego sus hijos asesinan al padre e internalizan la culpa por ese crimen; un remordimiento convertido en la ley universal de la prohibición del incesto. Así, la muerte del padre ha sido responsable de la construcción de una comunidad conforme al vacío que dejó la ausencia del líder. El padre ‘(ex)iste’ al sistema (no es parte interna del sistema pero lo determina como tal desde su exterior) ya que, lógicamente, está muerto, pero, al mismo tiempo, es la piedra basal de la cultura de esta colectividad: ahora ningún hijo puede copular con su madre, que es lo que debía haber ocurrido según la continuidad de esta práctica.<sup>10</sup> Todos sus descendientes están constitui-

<sup>8</sup> A diferencia de la ‘interpretación’, por la cual el analista trabaja el discurso del analizante (los significantes, los actos fallidos, etc.), en la ‘construcción’ el analista reconstruye un pasado que ‘habrá ocurrido’ (basado en una deducción lógica) en el analizante y que podría rearticular su discurso en la medida que es sumergido en un nuevo campo de información. Ésta es justamente la intención de Freud en *Moisés*, escrito al mismo tiempo que *Construcciones en análisis* (1937), donde expone su nueva técnica. Recuérdese que dos de los tres ensayos de *Moisés* fueron publicados en *Imago* en 1937.

<sup>9</sup> Freud, por supuesto, ya había tanteado los límites de la sublevación del hijo contra el padre en su primer mito: “El complejo de Edipo”.

<sup>10</sup> La hipótesis de Freud es que el hijo menor era el que debía ocupar el lugar del padre.

dos en su esencia de sujeto por ese sesgo del padre que incorporaron (los hijos se habían comido el cuerpo del padre). Con el asesinato del padre de la horda, la ley de la prohibición del incesto fue asimilada por cada sujeto, transformando el previo goce absoluto que habitaba en cada uno en goce parcial. Aquí nace el superyó como agente regulador y limitador del goce absoluto.<sup>11</sup>

En el caso de *Moisés*, señala Žižek, ocurre algo diferente. Moisés el Egipcio es el padre de la ley (el padre simbólico) pero es el padre racional, el jefe de principios que organizan una comunidad. No es el padre de la ley excesiva del eventual Moisés el Madianita. Este último es un Moisés mucho más primitivo que el anterior; es inaccesible, intolerante y celoso. Construye paradigmas arbitrarios como, por ejemplo, no dejar que nadie se acerque al Sinaí.

Por lo tanto ha habido un retroceso en la última narración de Freud (*Moisés*) con respecto a la primera (*Tótem*). En *Moisés*, Moisés el Madianita vuelve a un estado más primitivo que su antecesor Moisés el Egipcio y así se asemeja más al padre de la horda primitiva de *Tótem* por su manera de gobernar. Žižek lo condensa de la siguiente forma:

In short, M & M [*Moisés y la religión monoteísta*] reverses the matrix of T & T [*Tótem y Tabú*] [...] the father who is ‘betrayed’ and killed by his followers/sons is *not* the obscene primordial Father-*Jouissance* but the very ‘rational’ father who embodies symbolic authority, the figure which personifies the unified rational structure of the universe [*logos*] (Žižek 1999: 317, la cursiva corresponde al original).

Sin embargo, mientras el padre de la horda de *Tótem* es el padre del goce absoluto, Moisés el Madianita en *Moisés* es el padre del goce parcial por el mismo hecho que también es el padre de la ley: en los Diez Mandamientos se regula el goce a través de la ley. Una ley que no se opone al goce sino que ahora lo encierra en la medida que lo limita.

### b) Los padres en “El matadero”

La paridad estructural que es posible establecer entre el cuento de Echeverría y *Moisés* proviene de la existencia de un evento anterior a la temporalidad de “El matadero”: el asesinato de los Ideales de Mayo. Si bien los hechos del cuento ocurren en el presente de la ley federal, recuérdese que Rosas pudo convertirse en pseudo soberano<sup>12</sup> después de

<sup>11</sup> El goce (*jouissance/lo Real*) se puede reducir aquí al lugar que está más allá de la ley; el lugar fuera de la cultura y del orden simbólico que como un imán atrae el deseo del sujeto. Éste desea alcanzar ese lugar a través del principio del placer pero cuando ese placer deriva en dolor es que se convierte en el ‘placer doloroso’: el goce. El tabú del incesto es la prohibición de algo (el goce) que, aunque imposible de materializar porque para ello uno necesariamente entra en el orden simbólico a través de la palabra y por ende deja de ser goce, no obstante sirve como señuelo para que el neurótico (la condición ‘normal’ del sujeto) imagine que puede ser alcanzable si no estuviera prohibido.

<sup>12</sup> En *Amalia* (Mármol 1855), novela que narra el mismo período de 1840 y desde una ideología muy parecida a la de Echeverría en cuanto al ataque a Rosas, Rosas es calificado por sus seguidores como “el padre de la Federación” (Mármol 1991: 42); “¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las leyes, nuestro padre y el padre de la Federación” (Mármol 1991: 95); “El Restaurador es más que Dios porque es el padre de la Federación” (Mármol 1991: 96).

haber reprimido el legado del gobierno de Bernardino Rivadavia (hubo otros líderes transitorios entre Rivadavia y Rosas), el cual, para Echeverría y los unitarios intelectuales, encarnaba la Independencia Argentina.<sup>13</sup> Por consiguiente, esos Ideales de Mayo ya son formaciones de lo inconsciente argentino; aquello que permanecía detrás de las cortinas en lo colectivo nacional era el mito de la Revolución. Los unitarios acusan a los federales de congelar el proyecto de la revolución; ellos –desde el exilio– les reprochan a los federales no haber respetado los Ideales de Mayo. Sarmiento, por ejemplo, en Chile, sostiene en *Facundo* que el sistema de Rosas está basado en la demolición de la estructura revolucionaria:

Yo pregunto: ¿qué legislador, que *Moisés* o Licurgo, llevó más adelante el intento de refundir una sociedad bajo un plan nuevo? La revolución de 1810 queda por este decreto derogada; ley ni arreglo ninguno queda vigente; el campo para las innovaciones limpio como la palma de la mano, y la República entera sin dar una batalla siquiera sin consultar a los caudillos (Sarmiento 1961: 227, cursiva mía).

Ahora bien, si por un lado es posible que no haya una correspondencia obligada entre la muerte de Moisés el Egipcio y la desaparición de los Ideales de Mayo, por otro conviene no olvidar que lo segundo fue considerado por los unitarios como un asesinato. Cuando el unitario es cuestionado por la falta de luto: “–¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?”, él responde: “–¡Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que *vosotros habéis asesinado*, infames! (Echeverría 1993: 112-113, cursiva mía).<sup>14</sup>

Más aun, hubo un antecedente histórico que calza perfectamente en esta lógica: la ejecución de Liniers a manos de sus mismos seguidores. Si su liderazgo contra los ingleses durante la primera invasión lo catapultó a la posición de primer héroe popular y virrey interino –algo que en esas épocas era totalmente insólito– esa misma revolución, que para entonces ya ha adquirido una dimensión más amplia y estricta, castigará a modo de ejemplo a ese padre que considera desobediente o por lo menos vacilante con los mandamientos revolucionarios que él mismo, en parte, engendró.<sup>15</sup> La ejecución de Liniers representa la puesta en escena –el ‘evento’– de los discípulos que se emancipan contra su líder (del hijo que cree poder hacerlo mejor que su padre), tantas veces repetido en la historia de la humanidad, que sufre modificaciones de ‘significado’ conforme al transcurso del tiempo y a las condiciones socioeconómicas de esa nueva temporalidad, pero que no obstante ha

<sup>13</sup> Aunque los unitarios de la Generación del 37 propondrán sus propios ideales basados en sus lecturas francesas, distinguiéndose de los antiguos unitarios (1818-1827) a quienes, por un lado, culpan de haber pecado de tendencias aristocráticas y elitistas causantes del levantamiento popular que llevó a Rosas al poder y, por otro lado, paradójicamente, reconocen en los antiguos unitarios una acción precursora levemente positiva, la nueva plataforma se monta sobre el innegociable principio de la Revolución, tal como lo delinear las palabras simbólicas del *Dogma socialista*, en particular la novena “Continuación de las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo”. Palabras que Sarmiento –otro de los unitarios del 37– también adopta como su credo en el último capítulo de *Facundo*.

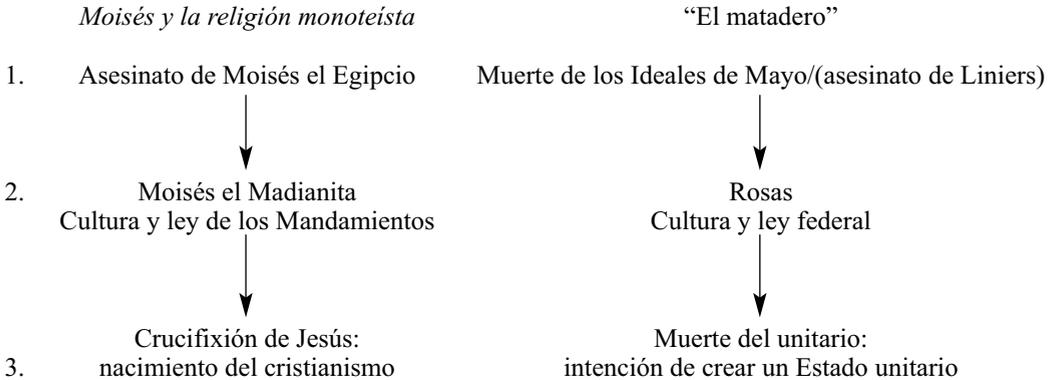
<sup>14</sup> Hay que tener en cuenta que para el psicoanálisis la figura del padre no remite a una persona en particular sino a una posición. El padre es la posición de la ley que trata de imponerse sobre la inicial relación dual del goce absoluto mantenida por la madre y el hijo o la hija.

<sup>15</sup> Esto dicho, no hay que confundir la postura seudocolonial que mantenía el capitán francés con los Ideales de Mayo claramente independentistas que el unitario dice profesar.

quedado grabado en lo inconsciente colectivo como referente, o mejor dicho, como ‘significante amo’ (significante primario) de acuerdo al psicoanálisis freudiano-laciano.

De este modo se completa una cronología similar a la propuesta por Freud:

### DIAGRAMA 1



Como en *Moisés*, la ley moderada de los Ideales de Mayo –la denominada “Feliz Experiencia” de Rodríguez, Las Heras y Rivadavia– es substituida por el rigor y el peso absoluto del martillo: ¡“el Restaurador de las Leyes”!<sup>16</sup> El unitarismo de Rivadavia es reemplazado por el monoteísmo arbitrario de Rosas que, al igual que Moisés el Madianita, se ampara parcialmente en las leyes de la religión (“¡Religión o Muerte!”), uno de los lemas federales) para ensanchar el poder de unas leyes que supuestamente sólo debía restaurar.<sup>17</sup> Las leyes federales son aún más primitivas, inmoderadas e insoportables; ejemplifican, sobre todo, que es Rosas quien ‘tiene el falo’ al demostrar que va más allá de las leyes de su antecesor Rivadavia.

La diferencia entre la ley de Rivadavia y la ley de Rosas es que la primera se opone al goce excesivo que pone en peligro al otro<sup>18</sup>, mientras que con Rosas la ley regula el goce personal que *no* se habría convertido en agresividad hacia el otro. Rivadavia limita o prohíbe el goce que el sujeto goza cuando hace sufrir a otro, y Rosas prohíbe el goce

<sup>16</sup> No es que para los unitarios del 37 los principios de la Revolución de Mayo sean los mismos que los de la feliz experiencia, sino que, en vista del abominable Rosas, la época de Rivadavia, retroactivamente, se asemeja más a los Ideales de Mayo que la propuesta federal. Para una explicación detallada de esta época, consúltese *La feliz experiencia* (Romero 1976).

<sup>17</sup> Denomino monoteísmo al federalismo de Rosas porque, como los historiadores ya han indicado (Halperín Donghi, Romero, etc.), su política centra más que nunca el poder de la todavía no constituida Nación en Buenos Aires. Aunque con envidia, el mismo Sarmiento reconoce el mérito de Rosas de haber unificado el país: “La idea de los unitarios está realizada [por Rosas], sólo está demás el tirano; el día que un buen gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas y todo dispuesto para la ‘unión’” (Sarmiento 1961: 250).

<sup>18</sup> Debido a los límites espaciales que me impone este ensayo, abrevio la complejidad de los conceptos lacanianos del Otro y el otro. Mientras el Otro es el orden simbólico que preexiste al sujeto (el lenguaje en sí, que es transindividual y no le pertenece a ningún sujeto) el otro es el prójimo a través del cual se canaliza el Otro.

del mismo sujeto que no perjudica al otro. Al imponer reglas de vestimenta, lenguaje, etc., Rosas limita el goce individual y por definición él goza de ese mismo acto.<sup>19</sup> El goce del Restaurador de las Leyes consiste en reducir al máximo el goce del otro. Rosas es el padre que cancela el goce sólo para envolverlo con los tentáculos de la ley en una operación parecida al *Aufhebung* hegeliano, por el cual un sujeto cancela al otro y luego lo absorbe, ampliando así su original dimensión.<sup>20</sup> Es decir, la ley de Rosas debe ser entendida como la ley de los Mandamientos.<sup>21</sup>

Por otro lado, al igual que Moisés el Madianita, Rosas instaure su ley en el transcurso de su vida y no como consecuencia de su muerte, como ocurre con el padre de la horda o con el unitario.<sup>22</sup> En este punto las muertes del unitario y del padre de la horda coinciden en el hecho de que la ley nace a partir de la internalización de la culpa en cada individuo. ¿Cuál es la ley que le sobrevive a la muerte del unitario? La ley de la civilización; la ley opuesta a la ley que encarnaba Rosas. Este camino al sacrificio que persigue el unitario culmina en el arrepentimiento del juez del matadero, que había ordenado un castigo menos drástico:

—Pobre diablo: queríamos únicamente divertirnos con él y tomé la cosa demasiado a lo serio —exclamó el juez frunciéndose el ceño de tigre—. Es preciso dar parte, desátelo y

<sup>19</sup> Pero también la misma severidad de esta ley que procura regular el goce individual (códigos de vestimenta, de alimentación, etc.) crea, en este mismo intento, el goce que deviene de violar esta nueva ley. En la medida en que uno goza cuando profana la ley, las nuevas imposiciones de Rosas no hicieron otra cosa que extender ese goce; la misma prohibición impulsa al sujeto a quebrantar la ley y a gozar al hacerlo. Esto es central en el argumento de “El matadero” ya que el unitario goza al desobedecer las ordenanzas federales de vestimenta y apariencia física. De no haber sido por estas normas tan rigurosas, al unitario no lo habrían reconocido y calificado de enemigo, porque no habría cometido ninguna infracción.

<sup>20</sup> La semejanza con el *Aufhebung* de Hegel sólo existe en un primer paso, ya que para Lacan (implícito en la conceptualización de Freud) siempre hay algo que no llega a ser absorbido por el Otro. Este sobrante del *Aufhebung* es lo que Lacan denomina *objet petit a*.

<sup>21</sup> En la descripción introductoria del ambiente, el narrador se refiere a las leyes de Rosas fusionadas con las de la Iglesia como mandamientos: “Los abastecedores [...] buenos federales [...] sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento [...]” (Echeverría 1993: 92).

<sup>22</sup> Vale aclarar que Rosas no puede ser el padre de la horda primitiva de *Tótem* como una lectura apresurada podría suponer. Si bien es cierto que hay algo de lo ‘Real’ en Rosas en torno al misterio que encarna su cuerpo (ej.: su parquedad, su ausencia que se siente como una omnipresencia rescatada fidedignamente de la realidad por “El matadero”, su mirada fría y difícil de leer que produce angustia, etc.) y que Rosas pareciera no estar sometido a la ley como los demás, no hay que olvidar que Rosas no goza destruyendo las leyes como lo haría el padre de la horda, sino que se pega a las leyes arbitrarias que él mismo dicta para todos. Si Rosas hubiese tratado de quedarse con todas las mujeres —es decir no compartir el goce— sus propios federales se hubiesen sublevado contra él como en una ocasión ocurrió con la insurrección de los ganaderos de Chascomús en 1839. Rosas incluso comparte el goce con los suyos al permitirles que también ellos gocen castigando a los opositores y distribuyendo el botín económico entre sus hacendados partidarios.

Cronológicamente, la muerte del padre de la horda es el paso necesario para que nazca la ley (la prohibición del incesto). Moisés el Semita amplió esa primera ley tal como lo harán los subsiguientes jefes religiosos y como lo hizo Rosas. De hecho, es realmente el gaucho Facundo quien más se aproxima al padre de la horda. Facundo no es el Rosas calculador, frío y que ya había expresado sus convicciones organizativas en base a la disciplina, como lo demuestra su *Instrucción a los mayordomos de estancias* (Rosas 1968) escrito en 1819. Por el contrario, Facundo es todo emoción; puro primitivismo que caracteriza a aquél que no ha sido moldeado por la cultura, como el padre de la horda de *Tótem*.

vamos. Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del *juez cabizbajo y taciturno* (Echeverría 1993: 114, cursiva mía).

### c) *El martirio del unitario*

Es esencial detenerse en estas últimas palabras enunciadas por el narrador ya que, como se anticipó, el paralelo entre la mitología de Freud en *Moisés* y “El matadero” coincide en dos puntos decisivos. Uno de ellos es la represión en lo inconsciente del asesinato del padre y el efecto de cambio de conciencia en el asesino. Un martirio reconocido tanto por los seguidores del mártir como por sus opositores, a tal punto que el sacrificio del mártir produce la conversión de los integrantes del bando contrario. Justamente es aquí donde concuerdan la crucifixión de Cristo y la del unitario: “quedó atado en cruz” (Echeverría 1993: 114).

Ahora bien, muchos son los críticos que han notado el parecido entre ambos eventos. Sin embargo –y esto es capital en el andamiaje ideológico de “El matadero” – la crítica *no* tomó en cuenta las palabras del juez del matadero, lo que significa que realmente no percibió que la regeneración que predicaba Echeverría sí está presente en el cuento. Así, la crítica entera se ha limitado hasta ahora solamente a interpretar la muerte del unitario como: a) un sacrificio o un asesinato, b) un sacrificio irrelevante para los federales o celebrado por ellos, y/o c) un sacrificio que evoca la crucifixión de Cristo.<sup>23</sup> Todas estas

<sup>23</sup> Disiento respetuosamente de las interpretaciones ofrecidas hasta el presente en cuanto a la muerte del unitario. Entrás muchas, Juan Carlos Ghiano asienta lo opuesto a mi interpretación “el unitario es el representante de una juventud destinada al sacrificio inútil, ya que su grandeza moral no provoca el menor movimiento de piedad en los sayones” (Ghiano 1968: 85). Siguiendo el mismo hilo, David Foster sostiene que “the death of the *unitario* is not given a transcendent meaning, and this is a significant aspect of the story” (Foster 1970: 263). Si bien es cierto que “la chusma” se dispersa rápidamente no dándole valor al incidente que acababa de ocurrir, por el contrario el juez sale “cabizbajo y taciturno” de la casilla. Hubiera sido inverosímil la descripción de un arrepentimiento masivo en ese instante; habría por ende bastardeado la intención realista que Echeverría le concedió a esta narración. En cambio, a lo que la chusma no le da casi ninguna importancia es a la decapitación del niño (la escena asombra y hasta causa horror pero no reconcientiza). Esto significa que la muerte del unitario sí ha resonado en la conciencia de los testigos, siendo la actitud del juez la visibilidad de dicha repercusión. También Hugo Bauzá lee el final de un modo distinto al mío: “El cortejo de sacrificadores sale exultante como sucedía en ciertas procesiones dionisiacas tras haber inmolado a la víctima” (Bauzá 2000: 196). En mi opinión, en ningún momento los verdugos salen “exultantes” luego del incidente. Al contrario ellos “quedaron inmóviles y estupefactos”. Por su parte Leonor Fleming en el estudio introductorio a “*El matadero*”-*La cautiva* indica simplemente que “Echeverría [...] se identifica definitivamente con el unitario. Quiere aceptar el sacrificio por el país [...] en una muerte patriótica, romántica y, sobre todo, ejemplar, cuando consideraba que las esperanzas de lucha racional y dialéctica [...] estaban perdida” (Echeverría 1993: 76), pero omite por completo una explicación sobre la aflicción del juez. Lo mismo ocurre con la canónica interpretación de Noé Jitrik, que sostiene que el sacrificio del unitario debe ser entendido como un rito sexual (Jitrik 1971: 96). Tulio Halperín Donghi ata cabos sueltos con referencia al martirio que caracteriza a los héroes de la obra de Echeverría señalando que el héroe unitario “se enfrenta a los sayones del matadero como lo hará el héroe del *Avellaneda* en el canto III” (Halperín Donghi 1951: 36). No obstante, no sólo no hace referencia a la congoja del juez, sino que la comparación con *Avellaneda* (1849) (poema que Gutiérrez señala como la reescritura de “El matadero”) no es la apropiada, ya que el asesinato del unitario Marco no produce un sentimiento de culpa en sus verdugos. Esto se debe a que mientras el primero fue escrito cuando Echeverría posiblemente aun anhelaba una resolución entre

interpretaciones sobre dicho evento obviaron las palabras de más peso en el cuento si consideramos que la intención de Echeverría en 1839 no era solamente denunciar a Rosas y al mundo salvaje que lo representaba, sino llevar a cabo una revolución espiritual tal como lo explica con todas sus letras en su manifiesto *Dogma socialista*, escrito casi al mismo tiempo que “El matadero”. De este modo el sacrificio *no* es la mera evocación de la crucifixión sino que, mediante su muerte, se logra el objetivo de la regeneración. De lo contrario no tendría sentido que Echeverría hubiese culminado la acción del evento con la explicación del narrador omnisciente sobre la pena que a partir de entonces habrá de afligir al juez del matadero. Si se hubiera intentado mostrar la celebración de los federales por la conclusión exitosa del sacrificio, el juez habría felicitado a los verdugos.

Sugiero que el arrepentimiento del juez es el paso necesario para que la muerte del padre –el unitario– conduzca al nacimiento de la nueva conciencia en base a la internalización de la culpa. Únicamente así podemos hablar realmente de martirio, ya que si no hubiese una conversión en el contrario, que está en el poder, el martirio no sería reconocido como tal y la historia de la conciencia continuaría en el mismo rumbo previo al asesinato del padre, como si el episodio no hubiera ocurrido. La muerte del unitario produce un disloque en la conciencia colectiva; un camino nuevo principiado por los ideales que encarnaba el padre muerto: la civilización unitaria.

Sólo de este modo la comparación con la crucifixión de Jesús coincide perfectamente con la apuesta al martirio como regenerador de la conciencia colectiva, que Echeverría propone en *Dogma socialista* y que la crítica parece también haber pasado por alto al elaborar conclusiones sobre la muerte del unitario. Es decir, este cuento puede ser leído como una ficcionalización del credo del autor, que además ya se había plasmado en los versos de *La cautiva*, al glorificar el martirio de los protagonistas Brian y María y al destacar ese sacrificio como la instauración de la civilización en la topografía y en el colectivo social (“La virtud de las virtudes es la acción encaminada al sacrificio”; Echeverría 1948: 131). Sólo a través de la muerte del mártir es posible borrar el pasado y comenzar un nuevo ciclo inaugurado por las democracias del progreso, aportado por la misma Asociación de la Joven Argentina:

---

federales y unitarios, ya para 1849 esta posibilidad estaba descartada. Por ello es crucial destacar que mientras la muerte del unitario engendra remordimiento en el juez, en *Avellaneda*, por el contrario, el asesinato de Marco Avellaneda es celebrado por los federales una vez concluida la faena. En este sentido vale también agregar que “La fiesta del monstruo” y “El niño proletario” tampoco comparten la intención de Echeverría con su cuento. Por el contrario, las masas peronistas sí aplauden el asesinato del personaje judío representante de la culta civilización y los burgueses oligarcas festejan la muerte del niño proletario. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo escuetamente consideran que el mundo “espiritual, cultivado y ético de la ciudad [produce] el sacrificio *sublime* del joven unitario” (Altamirano/Sarlo 1997: 45) pero no definen el término “sublime” ni tampoco expanden sobre su hipótesis. Seymour Menton brevemente apunta que “la muerte violenta del unitario evoca claramente la pasión de Cristo y hace resaltar aún más la alianza anómala entre la iglesia y el federalismo” (Menton 1964: 36) aunque se queda allí, sin profundizar de qué forma el unitario y su sacrificio corresponden al de Cristo. Y finalmente Gutiérrez, amigo íntimo y biógrafo de Echeverría, quien descubrió el cuento inédito veinte años después de la muerte del poeta, se limita a decir que “la escena del ‘salvaje unitario’ en poder del ‘Juez del Matadero’ y de sus satélites, no es una invención sino una realidad que más de una vez se repitió en esa época aciaga” (Echeverría 1951: 430). Para un análisis detallado de las palabras *cabizbajo* y *taciturno*, consúltese Sorbille (2007).

las generaciones nuevas que traen incesante a las entrañas de la Patria savia fecunda y de *regeneración*: nosotros trabajamos para ellas (Echeverría 1940: 86, cursiva mía).

Es evidente que en “El matadero” Echeverría intentó, a través de la muerte del unitario, recrear la muerte de Cristo: “Diré solamente que los sucesos de mi narración pasaban por los años de Cristo de 183...” (Echeverría 1993: 91); “repitearon en coro los espectadores y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo” (110); “el unitario [...] quedó atado en cruz [...] un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices” (113-114). La importancia de la muerte del unitario consiste en iluminar la primera: la de la revolución, la de “los ilustres mártires de la independencia” (Echeverría 1940: 103). La muerte del unitario transmite y traduce la muerte inaugural para lograr la redención y la regeneración.

El sentimiento de culpa del juez –representante y encarnación de la ley “que ejerce *la suma del poder* en aquella pequeña república por delegación del Restaurador” (Echeverría 1993: 99, cursiva mía)– causa una inclinación en sentido inverso y justamente por ello la muerte del unitario no se celebra. O, parafraseando a *Tótem*, el juez incorporó un fragmento del cuerpo del unitario con el cual ‘se identificó’: el significante de la ley de la civilización. En este desplazamiento, la ley que substituye a la ley federal es la ley de la civilización unitaria, la cual, posteriormente, regulará oficialmente la cultura argentina con la Constitución Nacional de 1853. Pero lo más importante de este paso es el evento mismo. No sólo se adopta la ley unitaria, sino que se exterioriza el odio hacia el padre abusivo que le causó la muerte al unitario. Este padre, lógicamente, no es otro que Rosas.

El asesinato del unitario activa la regeneración de la cultura en base a un desdoblamiento de la agresividad del sujeto (el goce *qua* pulsiones agresivas y no como instintos de agresión que atienden a un orden zoológico). Por un lado el homicidio del unitario causa la incorporación de la ley de la mano del superyó (la ley/cultura) como agencia reguladora del goce. Al matar al unitario se incorpora la culpa y por lo tanto, después de ese acto no sólo ya nadie podrá ser federal, sino que además se regenera inversamente en unitario. Con esta narrativa mitológica nace la civilización en carácter de superyó encarnado en cada sujeto. A través de la ley internalizada (la cristalización de la conciencia) el sujeto autorregula su propio goce, que provenía previamente de la agresión hacia los unitarios (el superyó también puede demandar que el sujeto goce). El juez es entonces civilizado porque ha interiorizado esas pulsiones agresivas hacia el unitario transformándolas en pulsiones agresivas hacia sí mismo: la ley y el goce cohabitan la corporalidad psíquica del sujeto. Así, la ley unitaria se convierte en un principio trascendental internalizado en lo individual y colectivo.

Pero por otro lado, a esta génesis de la civilización unitaria que odia al padre Rosas que le provocó la muerte al unitario, se le suma la otra teoría que Freud articula en *El malestar de la cultura* (Freud 1996), y que se anuda topológicamente con la primera para coincidir en el odio hacia ese objeto externo. Si en una primera etapa el niño vive el goce de su relación bilateral con su madre, será la posibilidad de la entrada de un intruso lo que hará que el niño desarrolle cierta agresividad contra ese padre imaginario que pretende desplazarlo de su posición de objeto de deseo de su madre. Estas formadas pulsiones de agresión habitarán en el niño por el resto de su vida y serán descargadas en el objeto externo que tome el lugar del padre imaginario castrador. Entonces, con la muerte

del unitario, lo inconsciente colectivo transforma al padre querido en un padre odiado: el Eros da paso a los instintos de destrucción o muerte.<sup>24</sup> Las pulsiones agresivas son proyectadas externamente hacia la imagen que se construye del padre tiránico: un nuevo objeto externo llamado Rosas.

Ya sea como consecuencia de la internalización de la ley/superyó o como pulsiones existentes desde el estado primario del niño, el asesinato del unitario amalgama a ambas en forma de mito y permite armar imaginariamente la dicotomía civilización versus barbarie: Echeverría construye una mitología en el momento en que existe una escena que representa la proyección de las pulsiones agresivas del sujeto sobre la persona que ocupa el lugar del padre abusivo.

### III. Síntesis de la biografía y la ficción: nacimiento de la modernidad argentina

#### a) *Echeverría es el unitario*

Reevaluemos ahora los hechos biográficos. La vivencia de Echeverría durante sus primeros cinco años habrá dejado una huella imborrable en su psique por tres posibles razones: vivió en la armonía de una familia unida; la independencia de 1810 vino a significar la emancipación contra la autoridad, lo que equivale a sublevarse contra el padre; y precisamente, la guerra contra la Corona española provocó la muerte de muchos revolucionarios que tras la victoria fueron elevados a la condición de mártires. A su corta edad, Echeverría seguramente fue testigo auditivo y posiblemente ocular de muchas de estas muertes, que constituyeron su novela familiar.<sup>25</sup> Recuérdese que Freud en *Moisés* indica que “los denominados fenómenos (síntomas) de una neurosis son consecuencia de determinadas vivencias e impresiones, que por eso mismo consideramos como traumas etiológicos [...] Todos estos traumas corresponden a la temprana infancia hasta alrededor de los cinco años” (Freud 1996: 3284).

Unos años después, la substitución de su padre biológico por el tutor despótico significó para Echeverría un retroceso, ya que el padre racional y bondadoso fue reemplazado por uno primitivo e intolerante. Ahora bien, es fundamental destacar que su consecuente rebeldía pudo ser producida porque un intruso se puso a la cabeza de la familia. Una clásica reacción edípica que el niño heterosexual adolescente siente cuando cree que el

<sup>24</sup> En la historia argentina contemporánea, la situación de Rosas podría ser comparable a la del ex ministro de economía Domingo Cavallo en diciembre de 2001. Hasta unos años antes del colapso político y económico de 2001, Cavallo era señalado como el autor del milagro económico argentino y admirado por un amplio sector de la población. Después de la debacle, este mismo padre del neoliberalismo fue acorralado en su vivienda por una multitud enfurecida. Cavallo logró huir en un coche camuflado y esconderse, aparentemente, en la estancia del magnate Ted Turner en la Patagonia.

<sup>25</sup> Un ejemplo de lo que habrá constituido la novela familiar de Echeverría (el relato que el niño inventa, distinto de su vida real, que conforma su deseo inconsciente) puede verse, entre muchas otras, en las poesías populares de Pantaleón Rivarola sobre las invasiones inglesas que se transmitían oralmente y destacaban el valor del pueblo unido contra el magnánimo opresor. También, unos años después, Echeverría tuvo que haber escuchado innumerables veces el Himno Nacional y su verso más impactante: “O juremos con gloria morir”.

deseo de su madre se dirige a otro. Período que todo varón neurótico atraviesa en la infancia y que es reactivado –bajo el nombre de complejo de Edipo– especialmente durante la adolescencia en situaciones en que el varón desea asumir la posición del padre ausente (en separaciones, divorcios, viudez, etc.). Éste fue el caso con el joven Echeverría quien, según su amigo Gutiérrez, era el preferido de su madre. En este sentido las cartas de Echeverría desde Francia reflejan su postura paternalista para con sus hermanos; ellas dan constancia de su intento de asumir el espacio vacante dejado por su padre fallecido.

Pero a su vez, la rebeldía de Echeverría no sólo estaba dirigida contra su tutor –contra la ley– sino contra su madre a quien, inconscientemente o no, culpa por haber permitido la entrada del nuevo padre real. El remordimiento de Echeverría por la muerte de su madre lo lleva a sublimarla. Es decir, la madre deviene indirectamente víctima del abuso del tutor. Si el ‘déspota’ no hubiera penetrado en la estructura familiar, su hijo no se habría rebelado y entonces la madre no habría muerto como consecuencia del dolor que Esteban le causó. Podría pensarse que Echeverría puso en escena de este modo una experiencia previa: la del mártir de la Independencia.<sup>26</sup>

Recuérdese que al regresar a Buenos Aires en 1830 Echeverría descubre que el proyecto de Nación que lo había enviado a Francia cinco años antes, ha quedado sepultado bajo la autoridad primitiva de Rosas. Las nuevas condiciones son muy distintas, e incluso empeorarán aún más cuando Rosas sea reelecto en 1835 con “facultades extraordinarias y suma del poder público”. Durante este último lapso Echeverría escribe “El matadero”, que sintetiza las experiencias anteriores y posteriores al viaje a Europa. Esto ocurre porque ambas cronologías responden al mismo patrón de un padre racional reemplazado por un padre primitivo: tanto el tutor de Echeverría como Rosas equivalen a Moisés el Semita del texto freudiano. Alrededor de 1839<sup>27</sup> Echeverría construye una narración que se corresponde con su experiencia personal, en donde también escribe el retorno de lo reprimido. Así, repite la muerte inicial del mártir de los Ideales de Mayo en la figura del unitario (véase el diagrama 2 al final de este ensayo).

Si el trauma inicial del mártir de la independencia permanece latente en lo inconsciente hasta que Echeverría regresa de Europa a los 25 años (la misma edad que tiene el unitario en “El matadero”), este trauma es reactivado por la muerte de los unitarios herederos de los Ideales de Mayo a manos del padre primitivo Rosas. Con la muerte del unitario, Echeverría desengancha de lo inconsciente aquel primer significativo traumático de

<sup>26</sup> Freud lo explica en *Moisés y la religión monoteísta*: “Por regla general, las vivencias respectivas son completamente olvidadas, permanecen inaccesibles al recuerdo, caen en el período de la amnesia infantil, que casi siempre es penetrado por algunos restos mnemónicos aislados, por los denominados ‘recuerdos encubridores’ [...] Se refieren a impresiones de índole sexual y agresiva; también, sin duda alguna, a daños sufridos precozmente por el yo (ofensas narcisistas) [...] Estos tres atributos –ocurrencia precoz en el curso de los primeros cinco años, olvido, contenido sexual-agresivo– están íntimamente vinculados entre sí. Los traumas consisten en experiencias somáticas o en percepciones sensoriales, por lo general visuales o auditivas; son, pues, vivencias o impresiones” (Freud 1996: 3285).

<sup>27</sup> Nótese que Echeverría escribió esta narración histórica justamente cien años antes que Freud publicara su ensayo *Moisés*, que él mismo calificó de novela histórica por su contenido verosímil y no verídico. Es decir, en “El matadero” están todos los elementos que utilizará Freud un siglo después para formular el mito fundacional de *Moisés*.

la muerte del mártir de la independencia que lo había constituido. Para poder entender la fusión de estos dos eventos, no hay que olvidar que Freud indica en *Moisés* que el retorno de lo reprimido no regresa idénticamente como puntada del trauma original. Es decir, el síntoma se manifiesta distinto del trauma que lo engendró: “Todos los fenómenos de la formación de síntomas pueden ser descritos muy justificadamente como ‘retornos de lo reprimido’. Pero su carácter distintivo reside en la profunda deformación que sufre el retornado en comparación con su contenido original” (Freud 1996: 3318).

La confluencia de todos estos eventos dispares y distantes se plasma en las páginas de “El matadero”. Como advertimos en el diagrama 2, las tríadas biográficas (A y B) son amalgamadas y vertidas en la construcción de “El matadero” (C), replicando así su misma estructura.

### b) *El asesinato del unitario: inauguración de la modernidad argentina*

Si el asesinato del unitario repite las muertes de Moisés el Egipcio y de Cristo que a su vez son reactualizaciones de la muerte original del padre de la horda, es la muerte del unitario el evento traumático que actúa como eje de la inauguración de la modernidad en la cultura argentina. Es decir, se mitologiza el asesinato del unitario en la cultura nacional.<sup>28</sup> Se trata de un evento particular de la historia cultural de una sociedad cuya intención fue denunciar la situación sociopolítica del Buenos Aires de Rosas y proponer la regeneración social mediante el autosacrificio del héroe romántico.<sup>29</sup> Este evento repite el efecto que el asesinato del federal Dorrego –“el mártir de Navarro”– produjo en la población en 1829: el alzamiento campesino que condujo a la elección de Rosas como gobernador. Y por supuesto replica también el efecto que la muerte de su madre tuvo en Echeverría: la regeneración de su conciencia y conducta social.

<sup>28</sup> Digamos que si bien el proceso de modernización poscolonial arrancó en Argentina con el proyecto de la expansión de la frontera en 1820, será la Constitución Nacional de 1853 la que oficializa el traspaso de sistemas. En ella –basada en el *Dogma socialista* y especialmente en las *Bases* (1852) de Juan Bautista Alberdi– se encuentran los pilares de la modernidad; a saber, los principios de la democracia, la uniformidad discursiva llevada al acto por sus leyes (el artículo 25 fomenta la inmigración europea para poblar el campo y avanzar los modos del capitalismo eurocentrista sobre el territorio indígena) y el progreso industrial y los nuevos modos de producción. Justamente cabe aquí incorporar el propósito de la publicación de “El matadero” en relación con la aceleración de la modernidad en esta época. Habría que iniciar el planteo preguntándose por qué “El matadero” fue publicado a más de treinta años de su redacción. Creo que la respuesta que proporciona Salessi es muy coherente. Según él, una de las razones por la cual Juan María Gutiérrez lo publicó en la *Revista del Río de la Plata* es que la descripción del ambiente inmundado del matadero coincidía con la situación de insalubridad de Buenos Aires entre 1867 y 1871 y por lo tanto servía para justificar las obras de infraestructura de higiene emprendidas por el gobierno de Sarmiento (1868-1874). A su vez, recuperar la historia de Rosas permitiría difundir el planteamiento moderno del Estado. El cuento de Echeverría fue usado como hito para marcar el fin de una etapa y el comienzo de otra, opuesta a la de Rosas: la civilización unitaria.

<sup>29</sup> Los arquetipos románticos de la literatura francesa sin duda habrán influido en la forma que Echeverría talló el porte y la actitud del personaje unitario frente a las condiciones desventajosas a la que fue sometido. Para un análisis de los arquetipos de los héroes del Romanticismo en la literatura gala, consúltese *The Hero in French Romantic Literature* (Ridge 1959).

Entonces, y retomando los dos epígrafes que encabezan este ensayo, mi conclusión es que, por un lado, el mismo Echeverría –a través de la figura del unitario– derrota al tutor y a Rosas cuando va más lejos que ambos, al sacrificar su propia vida por unos ideales que lo convirtieron en el padre de la civilización.<sup>30</sup> He aquí donde alcanza toda su dimensión el comentario de Gutiérrez al prólogo de la primera publicación de “El matadero”, cuando indica que: “lo único que en este cuadro pudiera haber de la inventiva del autor, sería la apreciación moral de la circunstancia, el lenguaje y la conducta de la víctima, la cual se produce y obra como lo habría hecho el noble poeta en situación análoga” (Echeverría 1951: 430).

Por otro lado, el evento en sí, la muerte del unitario, permite el nacimiento de la nueva versión de la ideología unitaria en la cultura argentina: el asesinato del unitario materializa el proyecto de la modernización. El asesinato como acto se convierte en sí en un evento totalizador de una época, en consonancia –aunque desde otra perspectiva– con la intención de Gutiérrez al responder a los deseos del presidente anterior, Bartolomé Mitre (1862-1868) y del coetáneo Sarmiento respecto de consolidar la Nación bajo un sistema unitario.<sup>31</sup> En otras palabras, si el crimen contra Moisés el Egipcio produjo el nacimiento de la cultura de Moisés el Medianita o la crucifixión de Cristo fundó el cristianismo, la muerte del unitario habrá logrado que el juez promulgue la ley de los unitarios que, de hecho, en 1853 se convertirá en la Constitución Nacional y que en 1871 (año de publicación de “El matadero”), gracias al artículo 25 de la Constitución, le permitirá –simbólicamente– abrirle las puertas al inmigrante germano Johannes Dalhman de “El sur” (1944) de Jorge Luis Borges para que ese mismo año de 1871 desembarque en Buenos Aires (como lo había hecho Echeverría en 1830) y disemine la palabra europea del capitalismo que encarnaba el unitario en el ya regenerado Estado Argentino. Metafóricamente, podría incluso sugerirse que el unitario resucita (recuérdese que los hechos de “El matadero” ocurren en época de cuaresma) en 1871 con el cuerpo del personaje del personaje de Borges –*revestido* de otra forma– como fundador del proyecto de modernización que delineó, entre otros, el mismo Echeverría.

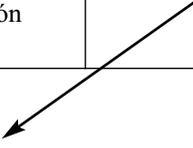
<sup>30</sup> Como ya se indicó, la actitud paternalista de Echeverría se puede rastrear en sus cartas a su hermano José María a quien le aconseja cómo proceder con su vida y no descuidar al descarrilado hermano Félix. De regreso en Buenos Aires, Echeverría será exhortado por Marcos Sastre y otros a “encabezar la marcha de la juventud”. En esta misma carta, Marcos Sastre presagia siniestramente el final que le espera a Echeverría: “¿No siente Ud. allá en su interior un presentimiento de que está destinado a tan alta y gloriosa misión?” (Echeverría 1940) y que Echeverría ratificará con todas sus letras en una carta en 1844 cuando le recuerda al general uruguayo Melchor Pacheco y Obes la misión paternal y fundadora que cumplió en Buenos Aires: “¿Quién antes que yo, rehabilitó y proclamó las olvidadas tradiciones de Mayo? ¿Quién trabajó el único programa de organización y renovación social que se haya concebido entre nosotros? Pregunte, amigo, ¿a nombre de qué creencias multitud de jóvenes han buscado el martirio en los campos de batalla, o se ha ido a mendigar el pan del extranjero?” (Echeverría 1940: 374).

<sup>31</sup> Véase la nota 28.

## DIAGRAMA 2

A + B ⇒ C

	<i>Moisés y la religión monoteísta</i>	Vida de Echeverría antes del viaje	Vida de Echeverría después del viaje	“El matadero”
<b>Muerte del padre racional</b>	Muerte de Moisés el Egipcio	Padre biológico/periodo de la independencia	Rivadavia	Muerte de los Ideales de Mayo
<b>Substitución por el padre primitivo</b>	Moisés el Madianita (Los mandamientos)	Tutor	Rosas	El Restaurador de las Leyes
<b>El retorno de lo reprimido</b>	Muerte de Cristo	Muerte de la madre	Muerte/Exilio de la Generación del '37	<b>Muerte del unitario</b>

*Nacimiento de la modernidad argentina* 

## Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1979): *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz (1997): *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Bauzá, Hugo F. (2000): “*El matadero*: estampa de un sacrificio ritual”. En: *Revista de crítica literaria latinoamericana* XXV, 51, pp. 191-198.
- Borges, Jorge Luis (1996): *Obras completas*. Barcelona: Emecé Editores.
- Bustos Domecq, Honorio (Jorge Luis Borges/Adolfo Bioy Casares) (1979): *Obras completas en colaboración*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Echeverría, Esteban (1940): *Dogma socialista*. Edición crítica y documentada con prólogo de Alberto Palcos. La Plata: Universidad de La Plata.
- (1948): *Dogma socialista y otras páginas políticas*. Buenos Aires: Ediciones Estrada.
- (1951): *Obras completas*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora.
- (1993): *El matadero – La cautiva*. Edición de Leonor Fleming. Madrid: Cátedra.
- Foster, David William (1970): “Paschal symbology in Echeverría’s *El matadero*”. En: *Studies in Short Fiction* 7, 2, pp. 257-263.
- Freud, Sigmund (1996): *Obras completas*. Traducción Luis López-Ballesteros y De Torres. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1972): *Sigmund Freud and Lou Andreas-Salomé: Letters*. Edición E. Pfeiffer. Traducción W. y E. Robson-Scott. London: Hogarth Press and Institute for Psycho-Analysis.
- Ghiano, Juan Carlos (1968): “*El matadero*” de Echeverría y el costumbrismo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Halperín Donghi, Tulio (1951): *El pensamiento de Echeverría*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Harari, Roberto (1999): *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jitrik, Noé (1971): *El fuego de la especie*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, Jacques (1992): *El seminario, libro XVII. El reverso del psicoanálisis*. Traducción Enric Berenguer y Miquel Bassols. Buenos Aires: Paidós.
- Lamborghini, Osvaldo (1973): “El niño proletario”. En: *Sebregondi retrocede*. Buenos Aires: Ediciones Noé.
- Mármol, José (1991): *Amalia*. Edición con prólogo de Juan Carlos Ghiano. México, D. F.: Porrúa.
- Menton, Seymour (1964): *El cuento hispanoamericano, antología crítica histórica*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Palcos, Alberto (1960): *Historia de Echeverría*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Ridge, George Ross (1959): *The Hero in French Romantic Literature*. Atlanta: University of Georgia Press.
- Romero, José Luis (1976): *La feliz experiencia*. Buenos Aires: Editorial Astrea.
- Rosas, Juan Manuel (1968): *Instrucciones a los mayordomos de estancias*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Salessi, Jorge (1995): *Médicos maleantes y maricas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1961): *Facundo*. New York: Doubleday & Company.
- Sorbille, Martín (2007): “Echeverría y Hegel: la relación entre los enunciados ‘cabizbajo y taciturno’ de *El matadero* y ‘regeneración’ del *Dogma socialista*”. En: *Texto crítico* 20 (en prensa).
- Viñas, David (1971): *De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Žižek, Slavoj (1999): *The Ticklish Subject*. London: Verso.

## Filmografía

- Cedrón, Jorge (1973): *Operación masacre*. Act. Norma Aleandro, Hugo Álvarez, Julio Troxler. Prod. Jorge Cedrón.
- Solanas, Fernando Ezequiel (1968): *La hora de los hornos*. Act. María de la Paz (narradora), Fernando Solanas (narrador), Edgardo Suárez (narrador). Producciones Solanas y Grupo Cine Liberación.
- (1988): *Sur*. Act. Susú Pecoraro, Miguel Ángel Solá, Phillipe Léotard. Cinesur S. A. (Buenos Aires)/Pacific Productions (Paris).